## Revelaciones de Germán Marín

## Atrapado por la máquina de moler carne

ntiguo practicante del tremendismo literario, Venzano Torres supo aterrorizar a escritores y lectores con sus invectivas y arremetidas en las viejas páginas de Punto Final. Ahora radicado en Jalisco, México, donde se dedica a la cría y doma de potros, oficio que ya se le ha hecho rutinario, instó a Germán Marín a que remeciera un poco el ambiente plácido y monacal (seminarístico) de la narrativa chilena y estampara algunos de esos juicios que sacan roncha y alborotara el cotarro literario santiaguino. No olvidemos que Venzano Torres fue el editor-corrector de Círculo vicioso, la exitosa y premiada novela de Marín publicada a fines del año pasado. En su más reciente obra, El palacio de la risa, Torres no tiene la más mínima mención: tal vez ese hecho, que él encuentra intolerable, lo llevó a obligar a Marín a que se explayara sobre severos asuntos de las letras actuales, siempre bajo una mirada implacable que rompe con todas las complacencias de un medio acostumbrado a los halagos mutuos, como esas desaparecidas sociedades de socorros.

He aquí, entonces, lo que imaginó Marín y que explica sin ningún tipo de contención: al contrario, sus enfoques son más bien urticantes y categóricos.

"Me alegra poder explayarme en las páginas de esta publicación, en las cuales,

hacia fines de los años 60, practiqué cierto periodismo cultural llevado, a veces, por algún terrorismo literario que hoy echo de menos como actitud en los jóvenes e, incluso, en mí mismo. Quizás la máquina de moler carne me está atrapando. Si bien no pude junto a otros cambiar el mundo, al menos trato hoy que el mundo no me cambie a mí. Esa es la razón, tal vez, porque escribo. Soy un fulano sin apetencias de platea que mira como pasan los días sin grandes esperanzas. No poseo motivos para tenerlas. El prójimo como público no me interesa, ni menos todavía aquel que podría convertirme en oportunista.

No practico la parábola del hijo pródigo que, arrepentido de los malos pasos, vuelve con la frente marchita (como en el tango) al lugar donde está el poder instituido. Sin faltar a nadie me refiero a casos como los de José Rodríguez Elizondo, Raúl Zurita, Carlos Cerda y quizás otros.

El prójimo para mí es algo que no puedo definir exactamente y del cual sólo puedo adivinar su rostro en situaciones concretas como, por ejemplo, cuando pienso que los uniformados de mi país son una casta intocable o cuando advierto, al caminar por Santiago, que cada día esta ciudad es más inhóspita, clasista y enferma. De ahí que me da un poco de risa leer algunas novelas chilenas publicadas durante el postpi-

nochetismo, si es que esta palabra es válida de aplicar. Creo que no: Pinochet aún permanece incontestablemente.

Hay obras, como las de la señora Marcela Serrano, que a pesar de su lucha desigual entre el sujeto y el predicado (sin éxito alguno), están escritas irremediablemente mal. Constituyen la expresión voluntaria o no de un prójimo mistificado que se parece, prolijamente, a la novela rosa al pergeñar mentirijillas del corazón. Otros, como el benemérito José Donoso, en plena decadencia literaria, mientras no se demuestre lo contrario, se dedican a chochear en unos mundos que, aparte de ser mediocres como construcción, adolecen, al menos para mí, de falta de interés. No-dicen-nada, con el agravante que él no practica el vacío de Mallarmé. El envés irónico de lo que digo es que, a pesar de todo, ambos autores son leídos y sus ediciones se repiten. Son los

best seller que necesitan algunos para sentirse cultos y al día en las encuestas periodísticas. Todas estas hipérboles las expreso para indicar algunos de los pequeños malestares o malentendidos que anidan en nuestra cultura. Los hay mucho mayores, de rango histórico, que empiezan a encarnarse: uno de ellos, quizás el más notorio, es la barbarie que acompaña hoy a una falsa modernidad que se confunde con progreso.

Soy un lector renuente a la nueva literatura light que no sólo se practica en Chile, sino también en España, Argentina y otros países, que desperfila en cada caso al país real. No quiero decir con esto que haya que volver a eso que llamaban realismo socialista, pero sí considero que hay una suerte de fuga ante una realidad compleja como la que estamos viviendo en Chile. No es una literatura que todavía constituya un cuerpo de intenciones más o menos definido. Es

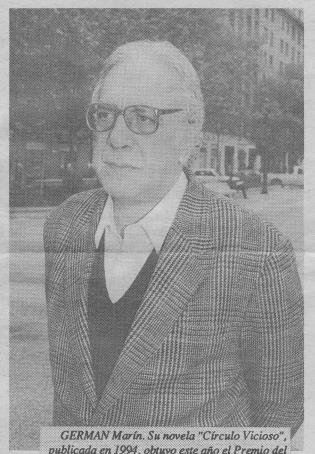
una literatura que habrá que releer en diez años, o nunca, para saber exactamente si se ha desgastado como un cubo de hielo.

Esta clase de autores está condenada a sus propias limitaciones pues la fuga ante la historia no es posible y, a veces, recurre a flecos de la historia, recortados o teñidos de colores solferinos que impiden saber exactamente qué se propone. En España, por ejemplo, aparecen periódicamente genios locales con lanzamientos de lujo y que después, al segundo libro, caen y mueren. Es el caso de Jesús Ferrero que fue flor de un día. Los chilenitos somos muy pueriles en asumir esos fulgores que aparecen como productos de mercado o de modas que se imponen. Pero en medio de esa literatura, en medio de esos autores, han aparecido en estos años escritores de valía como Antonio Muñoz Molina, sin ir más

Se creía que en los cajones de muchos escritores silenciados por la dictadura iban a aparecer, posteriormente, obras importantes, pero, en verdad, estoy hablando de generalidades. El caso es que asistimos a un momento raro de la cultura chilena y no tengo otra expresión mejor. Rara es la realidad que estamos viviendo y rara la reali-

dad que se está perfilando para el futuro. Y la literatura chilena de estos años ha sido un poco cómplice de dichas rarezas.

El país cambió y está cambiando: la solidaridad entre los hombres ha desaparecido en Chile. Hubo consecuencias que hasta hoy se prolongan y creo que son consecuencias irremediables que llevan a acentuar los rasgos de desencuentros, fruto de políticas económicas que ya nadie discute. Vivimos un período de deshistorización y eso lo refleja en alguna medida la ciudad de Santiago y los grandes centros de provincia. Hay sectores donde la vida se vuelve azarosa, pesada e inhóspita. De nuevo ha aparecido esa vieja tendencia chilena, que encontramos en la arquitectura antigua, que se expresa a través de la claustrofobia, sobre todo en los barrios altos, la cual no es más que amor al encierro y que expresa, entre otras cosas, un notorio egoísmo hacia el



prójimo y, a la vez, miedo a ser salpicado por el barro social que esa misma clase ha

Consejo Nacional del Libro y la Lectura.

El escritor chileno parece no mirar, es una especie de reflejo de reflejos y busca la realidad a través del filtro cultural ajeno para examinar esta realidad. Dichos filtros no permiten indagar con veracidad lo que está sucediendo en el contorno. Yo diría, sin embargo, que todo lo dicho sólo tiene que ver con la narrativa, incluyendo a los novelistas más jóvenes. Pero si trasladamos esto a espacios literarios distintos, como podría ser, por ejemplo, el género de la poesía, creo que ahí la situación es diferente. Hay poetas que tienen otros enfoques y cito para ello a José Angel Cuevas: él habla, reiteradamente, del 'ex Chile' y pienso que en esa visión desengañada está haciendo un análisis certero y poético de este panorama a veces desolador. Y hay otro poeta que destaco, omitido en las antologías, es Bruno Vidal, a quien Enrique Lihn premió en un concurso. He citado a algunos poetas y quizás estoy olvidando a otros, tan interesantes y valiosos como los mencionados"